

MANUEL II PALEÓLOGO Y LA ADMONICIÓN A JUAN VIII: UNA ILUSIÓN TARDÍA DE RESURGIMIENTO IMPERIAL

Roberto Soto Ayala
Universidad Adolfo Ibáñez

Resumen: El discurso admonitorio que Manuel II dirigió a su hijo y sucesor Juan VIII, inserto en la tradición de los llamados “Espejos de Príncipe”, constituye la última manifestación de este género retórico-político en el marco de la historia del Imperio Bizantino. El presente artículo se propone, junto con presentar una semblanza del emperador Manuel y abordar el contexto histórico que vio nacer su discurso admonitorio, examinar a través del contenido de la fuente la vocación de trascendencia que animó siempre a Bizancio y que no se vio amilanada por las adversas condiciones políticas que aquejaban al Imperio de entonces y que hacían peligrar su existencia. El artículo presenta además un resumen del discurso en cuestión, ajustado a la numeración original.

Palabras Claves: Manuel II Paleólogo, “Espejos de Príncipe”, esperanza de resurgimiento imperial.

MANUEL II PALEOLOGUS AND THE ADMONITION TO JOHN VIII: A LATE ILLUSION OF IMPERIAL RESURGENCE

Abstract: Manuel II’s admonitory speech to his son and successor John VIII, embedded in the tradition of the so-called “Mirror-of-Princes”, amounts to the final manifestation of this political-rhetorical genre in the history of the Byzantine empire. By means of this historical source’s content, the present article sets out to examine the calling towards transcendence that perpetually animated Byzantium – a calling that did not wilt under the adverse political conditions then plaguing the empire and endangering its very existence. Likewise, it presents an outline of Emperor Manuel and broaches the historical context that witnessed the creation of his admonitory speech. The article includes a point-by-point summary of the address, maintaining its original numeration.

Key words: Manuel II Paleologus, “Mirror-of-princes”, hopes of imperial resurgence.

Recibido: 20 04.06 - **Aceptado:** 29.04.06

<p>Correspondencia: Roberto Soto Ayala. D.E.A. en Historia por la Universidad de Granada, roberto.soto@uai.cl Tel. (00-56-2) 3693642, Profesor Universidad de Chile y Universidad Adolfo Ibáñez.</p>
--

I

Hijo de Juan V (1341-1391), Manuel II, octavo emperador de la Dinastía Paleóloga y antepenúltimo emperador bizantino, nació en medio de una convulsionada época de invasiones, hacia el año 1348. Consciente de estos conflictivos tiempos, en que debió crecer y más tarde ejercer el Imperio, escribe Manuel apesadumbradamente en uno de sus trabajos: “Apenas salido de la infancia y antes de alcanzar la edad viril, fui arrojado en una vida llena de males y turbulencias, pero que permitía prever que el porvenir nos haría considerar el pasado como una época de serena tranquilidad.”¹

Fiel a su padre, a pesar de no gozar de la primogenitura, Manuel participó del gobierno desde su juventud. Entre los innumerables auxilios que durante años prestó al emperador, puede contarse aquella oportunidad, en que habiendo viajado Juan a Venecia en busca de ayuda para hacer frente a la amenaza invasora de Amurates, cayó prisionero por insolvencia. Manuel se trasladó inmediatamente a Italia pagando el rescate y liberando a su padre. Tal hazaña le valió el nombramiento de Déspota en Tesalónica, el mismo año de 1369, y el de coemperador, pasando por alto a su hermano mayor Andrónico, dos años más tarde.

Luego de huir de la corte de Bayaceto en la que residía, Manuel accedió al poder en 1391. La noticia de la muerte de su padre lo incitó a regresar rápidamente a Constantinopla recibiendo en sus manos, el mismo año del deceso de Juan, un Imperio geográficamente disminuido y políticamente dependiente de las decisiones del entonces poderoso Imperio Otomano.

El carácter inestable del sultán Bayaceto, contribuyó a la actitud que mostró Manuel, durante todo su reinado, de no depender del gobierno turco y a la convicción de que la sobre vivencia de Bizancio exigía una férrea resistencia militar al imperio oriental². Por ello, cuando recibió la proposición del rey Segismundo de Hungría de hacer una Cruzada contra los turcos, Manuel no vaciló en apoyarla, sumándose a la campaña. Desde el punto de vista de la convocatoria, la Cruzada fue todo un éxito, logrando reunir en sus filas, además de los sesenta mil soldados de Segismundo, diez mil caballeros franceses, seis mil alemanes, diez mil válacos y quince mil cruzados provenientes de Italia, España, Inglaterra, Polonia y Bohemia. El resultado fue, sin embargo, una vez más, un rotundo fracaso. El organizado, poderoso y disciplinado ejército turco aplastó a las milicias cristianas en Nicópolis en 1396. La victoria no pudo más que agravar los problemas bizantinos. Conscientes los turcos de la debilidad de los griegos y de su incapacidad de defensa, así como de su superioridad frente a un

¹ Véase, BERGER DE XIVREY, *Mémoire sur la vie et les ouvrages de l'empereur Manuel Paléologue*, XIX, 2ª parte, pp. 25-26, en: VASILIEV, A., *Historia del Imperio Bizantino*, II. Barcelona, 1946, p. 281, nota 1

² Sobre la profunda animadversión de Manuel II hacia los turcos, véase: ΤΩΜΑΔΑΚΗΣ, Ν., *Συλλάβος Βυζαντινών μελέτων και κειμένων*. Atenas, 1961, pp. 223-237

eventual ejército aliado occidental, movilizaron sus tropas, el mismo año 1396, con el fin de poner cerco a Constantinopla. Manuel se trasladó a Occidente en busca nuevamente de apoyo. Visitó las principales Cortes europeas -Inglaterra, Francia, los Estados Pontificios, Venecia, Portugal y Aragón- y con excepción de algún dinero que le fue concedido por Enrique IV de Inglaterra, regresó a Constantinopla con las manos vacías y sin ninguna promesa de auxilio militar.

De este modo, cuando todo parecía propiciar el fin de Bizancio, sobrevino la invasión de los mongoles sobre los turcos de 1402, ocasión en que además de debilitarse el principal enemigo de los helenos, cayó prisionero el propio Sultán. Como consecuencia inmediata de la invasión, se desató una guerra civil en medio de la Casa de los Otomanos, protagonizada por los cuatro hijos sobrevivientes de Bayaceto.

Consciente de la conveniencia que suponían para Bizancio las luchas intestinas de sucesión de los turcos, Manuel quiso obtener dividendos de ella aliándose con Suleimán, quien le ofreció a cambio de su apoyo, la restitución del Despotado de Tesalónica. Firmado el trato, y muertos los gobernadores de Morea y Tesalónica, Manuel entregó a sus hijos Teodoro y Andrónico³ el gobierno de estas provincias, restableciéndose una cierta estabilidad en los asuntos bizantinos. Ésta, sin embargo, se vio nuevamente alterada cuando en 1411 Suleimán fue derrotado y muerto por su hermano Musa, quien inmediatamente suspendió el trato que mantenían los Otomanos con Manuel y ordenó el sitio de Tesalónica y Constantinopla. Hábil en el establecimiento de alianzas, Manuel rápidamente estableció un pacto con Mehmet, otro de los hijos de Bayaceto, logrando éste, en 1413, vencer y asesinar a Musa.

Los años siguientes, de mayor prosperidad para Bizancio –como testimonia la famosa visita (1415) que hiciera Manuel al Peloponeso con el fin de reconstruir el *Hexamilion*, el grandioso muro defensivo del istmo de Corinto⁴-, fueron testigos de la elevación del primogénito del emperador, el futuro Juan VIII – destinatario del “Espejo de Príncipe” de Manuel, obra clave para el estudio de su teoría política y de su ineludible esperanza de resurgimiento imperial - a la dignidad de coemperador. Justamente por estos años debió ser compuesto este discurso, titulado *Ἐποθήκαι βασιλικῆς ἀγωγῆς*, para Krumbacher necesariamente antes de 1417⁵, cuya redacción debe comprenderse ligada tanto a la elección de Juan como sucesor de Manuel, como al paréntesis de estabilidad política que supuso la victoria sobre Musa.

³ Sobre los hijos de Manuel II: Juan VIII, Teodoro II, Andrónico, Demetrio, Tomás y Constantino XI, véase: SCHREINER, P., “Chronologische Untersuchungen zur Familie Kaiser Manuels II”, *Bizantinische Zeitschrift*, 63 (München, 1970), pp. 285-299

⁴ Para un conocimiento completo y detallado de la visita que en 1415 realizó Manuel II al Peloponeso y de las actividades que allí llevó a cabo, véase: BARKER, J.W., OAKS, D., “On the chronology of the activities of Manuel II Paleologus in the Peloponnesus in 1415”, *Bizantinische Zeitschrift*, 55 (München, 1962), pp. 39-55

⁵ Cfr. KRUMBACHER, K., *Ιστορία της Βυζαντινῆς Λογοτεχνίας*, II. Atenas, 1990, p. 165.

Roberto Soto A., Manuel II Paleólogo y la admonición a Juan VIII:...

Cuando en 1421 murió Mehmet, esperanzado en reanimar las animadversiones internas del enemigo, Juan estableció una nueva alianza con los turcos, apoyando a otro de los hijos de Bayaceto y oponiéndose a la sucesión de Murad, el hijo heredero de Mehmet. Para desgracia de los griegos, Murad logró vencer a su adversario en 1422, iniciando inmediatamente las represalias contra Bizancio, acusando de traidor a su emperador. Si bien Constantinopla pudo defenderse del asedio, favorecida por su situación geográfica y la fortaleza de sus murallas, Tesalónica no pudo resistir el sitio de los turcos. En 1423, Andrónico, el gobernador de la ciudad, se vio forzado a entregarla a los venecianos para que la resguardasen. De este modo, a la muerte de Manuel en 1425, el otrora poderoso Imperio Bizantino quedaba prácticamente circunscrito a su capital.

Junto a su gestión política como déspota, coemperador y soberano bizantino, Manuel –“...emperador cultivado y bien dotado para las letras...”⁶– nos es conocido por la calidad de sus composiciones literarias, que en opinión de Krumbacher, pueden agruparse entre las más valiosas de los últimos siglos de Bizancio.⁷ Durante su juventud, paralelamente con su participación en el gobierno imperial, fue educado por Demetrio Kidonis, uno de los principales pensadores de la época, que junto a otros como Filoteo Kókinos, Demetrio Trícilino, Gregorio Palamás, Nicéforo Grigorás, Nicolás Kabásilas o Tomás Mágistro, dieron vida al fecundo movimiento intelectual bizantino de la era paleóloga en el siglo XIV.

Fiel a su formación, Manuel compuso a lo largo de su vida importantes escritos, principalmente retóricos y epistolares, de los cuales la tradición manuscrita ha permitido conservar, además del “Espejo de Príncipe” *‘Υποθήκαι βασιλικής ‘αγωγής*⁸ dirigido a su hijo León, los siguientes: la obra *Diálogo con un Persa*⁹, considerada entre los principales tratados que guardan relación con la polémica bizantina frente al mundo islámico¹⁰, un inédito *Tratado sobre los siete sínodos ecuménicos*, una serie de *Homilias, Oraciones y Cánones*¹¹, un discurso a la salud de su padre¹², un *Epitafio*¹³ a su hermano Teodoro, una carta acerca de la noción de los

⁶ OSTROGORSKY, G., *Historia del Estado Bizantino*. Madrid, 1984, p. 470.

⁷ Cfr. KRUMBACHER, K., *op.cit.*, II, p. 163.

⁸ Además de no conocer ninguna traducción en lengua moderna de este discurso político, contamos escasamente con dos ediciones de él, a saber, LEUNCLAVIUS, J.A., *Manuelis Palaeologi Aug. Praecepta educationis regiae*. Basilea, 1578 y MIGNÉ, J.P., *PG* 156, 313-384, París, 1859

⁹ Véase, TRAPP, E., “Manuel II Palaiologos, Dialoge mit einem Perser”, *Wiener byzantinische Studien*, 2 (Viena, 1966)

¹⁰ Cfr. BUCHWALD, W., HOHLWEG, A., PRINZ, O., *Tusculum-Λεχικόν, Ελλήνων και Λατίων συγγραφέων της Αρχαιότητας και του Μεσαίωνα*. Atenas, 1993, pp. 324-325

¹¹ Sobre estos trabajos existen pocas ediciones. Sobre las ediciones de las *Homilias, Oraciones y Cánones*, véase, BECK, H.G., *Kirche und theologische Literatur im byzantinischen Reich*. 1959, pp. 748 y ss.

¹² BOISSONADE, J.F., *Anecdota nova*, 1844, pp. 223-238

¹³ ΛΑΜΒΡΟΣ, ΣΠ., *Παλαιολόγεια και Πελοποννησιακά*, III (Atenas, 1926), pp. 11-119

sueños titulada *Περί ὀνειράτων*¹⁴, un *Diálogo acerca del matrimonio*¹⁵, una obra teatral titulada *Τι ἄρα ζε να εἶπε ο Ταμερλάνος προς τον ηπιθέντα Βαγιαζήτ*¹⁶, un cuerpo de *Ensayos*¹⁷ sobre el bien, el arte retórico y la libertad de la voluntad y un grupo numeroso de *Cartas*¹⁸, que dan cuenta de su interés personal por la vida política, eclesiástica y espiritual de su época.

II

El contexto histórico en que vio la luz el “Espejo de Príncipe” de Manuel II dedicado a su hijo Juan VIII -texto en que se apoya este artículo para mostrar la ilusión que mantuvo siempre el emperador en el resurgimiento de Bizancio-, exige, además de la revisión de las catastróficas circunstancias políticas del propio gobierno de Manuel –que presentamos someramente en el acápite anterior-, la consideración de la historia política del Imperio en tiempos de su antecesor. En efecto, los acontecimientos históricos en materia de defensa bajo el gobierno de Juan V, tan desastrosos como los de su hijo, permiten configurar y comprender, en su justa dimensión, tanto el panorama de la crisis bizantina en el epílogo de su historia, como el estado de conciencia que Manuel tuvo de dicha crisis, y que hace manifiesto precisamente en el discurso *Ἐποθήκαι βασιλικῆς ἀγωγῆς*.

Sucediendo a Andrónico III, Juan V había asumido el poder del Imperio en 1341, año a partir del cual la situación internacional bizantina, resentida con toda claridad desde tiempos de la Cuarta Cruzada, se veía cada vez más dañada, al punto que la Constantinopla de tiempos de Manuel II –según hemos señalado- devendría una isla cristiana en medio de un océano turco musulmán.

Apenas en el poder el emperador Juan, y sumándose a la inestabilidad e inseguridad externa, entró a la atestada Constantinopla la Peste Negra, produciéndose el deceso de casi el ochenta por ciento de la población. Por esta época los dominios territoriales del Imperio se reducían a la Capital, Adrianópolis en Tracia, aunque rodeada completamente por el Imperio Serbio de Esteban Dusan, Tesalónica y algunas islas del Egeo. Entonces, y con el fin de paliar los problemas del Estado, Juan buscó por todos los medios mermar el poder comercial de Génova, una de las principales potencias económicas del momento. Comenzó reduciendo las tarifas aplicadas a su comercio y luego, tras la destrucción que los italianos hicieron de la flota griega, el emperador arremetió incendiando los almacenes que los genoveses tenían en el barrio de Gálata. Finalmente los italianos debieron pagar una importante

¹⁴ BOISSONADE, J.F., *op.cit.*, pp. 239-246

¹⁵ LEGRAND, E., *Lettres de l'empereur Manuel Paléologue*. París, 1893, pp. 103 y ss.

¹⁶ *Ibidem*

¹⁷ BOISSONADE, J.F., *Anecdota Graeca*, II, 1830, pp. 274-307

¹⁸ MIGNE, J.P., *PG* 156, París, 1859 (En adelante *PG*); DENNIS, G.T., *Corpus Fontium Historiae Byzantinae*, VIII, Series Washingtonensis, 1977 (con traducción al inglés)

Roberto Soto A., Manuel II Paleólogo y la admonición a Juan VIII:...

indemnización a Bizancio, que si bien no resolvió sus profundos problemas, al menos apaciguó por un momento el estado de las cosas.

Entre los años 1347 y 1354, Juan V se vio enfrentado, en disputa por el trono bizantino, con Juan VI Cantacuzeno, antiguo colaborador de Andrónico III –con quien mantenía una alianza sellada por su matrimonio con la sobrina del emperador, Irene-, regente del Imperio a la muerte de Andrónico en 1341 y emparentado con Juan V a través del matrimonio de éste con una de sus hijas, celebrado en 1346.

Las hostilidades comenzaron en 1347, año a partir del cual Cantacuzeno fue considerado coemperador y a la vez alentado por el ejército a tomar posesión de la máxima dignidad del Imperio. El conflicto estalló definitivamente en 1353: Cantacuzeno desconoció a Juan V como emperador, se adjudicó a sí mismo tal dignidad y nombró coemperador a su hijo Mateo. El terremoto de Tracia del año siguiente, sin embargo, vino a alterar el orden de las cosas: aprovechando el debilitamiento de la zona, los turcos se desplazaron masivamente desde Anatolia y poblaron Tracia, al mismo tiempo que Juan V, sirviéndose también de las consecuencias del sismo, abandonó su exilio y regresó a Constantinopla. Cantacuzeno, por su parte, que había atraído para sí una enorme impopularidad se vio obligado a abdicar definitivamente del poder imperial y se consagró a la vida monástica adoptando el nombre de Josafat.

Los años siguientes continuaron caracterizados por la disminución política internacional de Bizancio. La muerte de Esteban Dusan trajo consigo la desintegración del Imperio Serbio, favoreciendo el avance de los turcos que tomaron Adrianópolis en 1362, robusteciéndose políticamente aún más la emergente potencia oriental musulmana. Juan quiso buscar apoyo en el rey de los húngaros, pero la exigencia de éste, que contemplaba la inmediata sumisión de Constantinopla al Primado de Roma, superaba las intenciones del soberano bizantino. A su regreso a la Ciudad, Juan V fue apresado y torturado por los búlgaros, señal inequívoca del desprestigio que aquejaba al máximo dignatario constantinopolitano. Sólo la intercesión de Amadeo de Saboya, tío del emperador, quien pago un cuantioso rescate por la liberación del soberano, puso fin al fatídico episodio protagonizado por Juan V.

Desolado como se encontraba, y contraviniendo los sentimientos del pueblo griego, Juan buscó alianza en el Papado. Viajó a Roma y suplicó ante el Primado su apoyo, mostrando su disposición a la unificación de las dos iglesias¹⁹. La respuesta

¹⁹ La resuelta intención del emperador Juan V por unificar las dos iglesias cristianas, que además de la conveniencia política para el Imperio Bizantino se sustentaba en la formación católica que Juan había recibido desde la infancia por su madre Ana de Saboya, nos es conocida a través de dos grandes y singulares acontecimientos. En primer lugar, por el fallido intento de unión con Roma a través de la carta que enviara al Papa Inocencio VI (1355), en la que a cambio de cinco galeras y quince barcos de transporte de tropas con mil soldados a pie y quinientos jinetes, se comprometía a llevar al pueblo bizantino a la fe romana en seis meses y a entregar a Manuel, su segundo hijo - por entonces de unos siete años- como discípulo del propio Papa, con el fin de que fuese educado en la fe romana. Y, en segundo término, por la solemne conversión de Juan a la fe católica romana celebrada en octubre de 1369 ante el

romana, sin embargo, continuó siendo negativa: hacerse cargo de la cristiandad oriental parecía, junto con no reportar ningún beneficio en esos momentos, una peligrosa exposición frente a la política expansiva de los bárbaros turcos. Fue precisamente con ocasión de este viaje, que Juan fue apresado en Venecia por el Dogo, por causa de una antigua deuda impaga que sostenía con él la reina madre Ana de Saboya. Por segunda vez, en poco tiempo, debió ser auxiliado por su familia; en esta ocasión, por su hijo y futuro emperador Manuel II.

Contemporáneamente, los turcos habían avanzado hacia occidente conquistando en 1371 al Imperio Serbio en la batalla de Maritsa. Sometidos serbios y búlgaros al dominio otomano, y recién regresado a Constantinopla, no quedó a Juan V más remedio que aceptar las condiciones impuestas por el conquistador, transformándose Bizancio en un Imperio tributario del turco.

Andrónico IV Paleólogo, hijo mayor de Juan, se negó rotundamente, desautorizando a su padre, a aceptar las nuevas condiciones impuestas al Imperio por los turcos, abriéndose la segunda gran disputa intestina que debió abordar el emperador a lo largo de su internacionalmente decadente gestión. La odiosidad de Andrónico hacia su padre le llevó incluso a confabularse con el propio Murad, mas sus planes no pudieron consumarse, aunque las cronologías bizantinas lo reconocen como emperador durante el periodo 1376-1379, pues los turcos, valiéndose del conflicto interno de la Corte bizantina, tomaron Galípolis y apresaron a los dos mandatarios griegos. Sólo la entrega de Filadelfia, última posesión bizantina en Asia Menor, hizo posible la liberación de Juan y Andrónico y su regreso a Constantinopla en 1381. Así acababa la disputa entre padre e hijo, con ambos en el poder como emperador y coemperador respectivamente, pero con el Imperio Bizantino definitivamente supeditado al enemigo turco. Cuatro años más tarde murió Andrónico, pasando los derechos de sucesión a manos de Manuel II.

Las pocas posesiones imperiales por entonces fueron repartidas administrativamente por el emperador del modo siguiente: Juan gobernaba desde la Capital, Manuel lo hacía desde Tesalónica²⁰ y Juan VII, el otro hijo del soberano, en el Despotado de Morea, en el Peloponeso.

En 1383, los turcos, avanzando una vez más sobre Bizancio, pusieron sitio a Tesalónica, y aunque Manuel defendió heroicamente la ciudad durante algunos años, el poderío otomano se impuso finalmente y la ciudad cayó bajo su poder en 1387. Entonces, Manuel dio la orden de abrir las puertas de la ciudad para permitir la huida

Papa Urbano V, que no pasó de ser un acto individual que no comprometió al Imperio. Cfr. OSTROGORSKY, G., *op.cit.*, pp. 526-530

²⁰ Sobre el gobierno de Manuel II en Tesalónica (1381-1387), véase: LOENERTZ, R.J., “Notes sur le règne de Manuel II à Thessalonique 1381/82-1387”, *Bizantinische Zeitschrift*, 50 (München, 1957), pp. 390-396; ΚΑΛΤΣΟΓΙΑΝΝΗ, Ε., ΚΟΤΖΑΜΙΑΚΗ, Σ., ΠΑΡΑΣΚΕΥΟΠΟΥΛΟΥ, Η., *Η Θεσσαλονίκη στη Βυζαντινή Λογοτεχνεία, Ρητορικά και αγρολογικά κείμενα*. Tesalónica, 2002, pp. 60-63

Roberto Soto A., Manuel II Paleólogo y la admonición a Juan VIII:...

de los griegos y evitar con ello una matanza de proporciones. Él mismo debió abandonar la ciudad macedónica y buscar refugio en la isla de Lesbos.

Dos años más tarde, en 1389, los turcos vencieron definitivamente a los serbios, instalando su Imperio en el corazón geográfico de Europa, y dejando a Bizancio transformado en una isla en medio del Imperio Turco.

En 1391 murió el emperador Juan, y tras sortear el inútil intento de Juan VII de hacerse del poder bizantino a través de una alianza con el sultán turco Bayaceto, Manuel II accedió al trono Constantinopolitano, coronándose oficialmente en 1392²¹, y dirigió los destinos de Bizancio durante los siguientes treinta y cuatro años, caracterizados, en general, por los ingentes esfuerzos del emperador por conseguir el apoyo de las principales Cortes europeas para hacer frente a las invasiones turcas, así como por sus hábiles políticas de alianza con el propio enemigo.

Fue así como en la postrimerías de su gobierno, al parecer hacia el año 1417, Manuel, que había recibido en su juventud una completa formación retórica, compuso a su joven hijo Juan VIII²², elevado al coimperio precisamente por esa fecha, el tratado parenético ‘Υποθήκαι βασιλικής ἀγωγής, testimonio elocuente de la esperanza en la reconstrucción de un Estado poderoso e independiente²³ que, aún en medio de la antesala del fin del Imperio, conservaba el emperador bizantino.

²¹ Sobre la coronación y el matrimonio de Manuel II en 1392, véase: SCHREINER, P., “Hochzeit und Krönung Kaiser Manuels II im Jahre 1392”, *Bizantinische Zeitschrift*, 60 (München, 1967), pp. 70-85

²² La juventud de Juan VIII al momento de su ascensión al trono, está testimoniada en el propio “Espejo de Príncipe” de Manuel II. En el capítulo IV dice: “Debes saber, ahora que estás en la misma flor de la edad, que éste es el tiempo oportuno para elegir la mejor vida, y te conduzcas en ella virtuosamente...” MAN. II PAL., *Praec.*, 4

²³ Cfr., MAN. II PAL., *Praec.*, 7

III

El discurso *Προς τον ερασιμώτατον υιόν αυτού και βασιλέα Ιωάννην τον Παλαιολόγον Ὑποθήκαι βασιλικῆς ἀγωγῆς* compuesto por Manuel II a su hijo heredero y ordenado en cien capítulos, cuyas letras iniciales permiten la lectura del acróstico *Βασιλεύς βασιλεῖ Μανουήλ Ἰωάννη πατήρ υἱὸν ψυχῆς ψυχὴ καρπὸν τροφῆν ἐμῆς τη σὴ ὀποιασοῦν ἀκμαζούση ἢ ὁ Θεὸς εἶη κοσμήτωρ*²⁴, constituye, además de una admonición personal dirigida al bienestar de su hijo, una fuente fundamental, aunque en general bastante desconocida²⁵, para el conocimiento de la férrea esperanza que albergó Manuel en el resurgimiento del Imperio Bizantino. Con el fin al menos de aproximar al lector de habla hispana al contenido de este texto, que no se encuentra traducido al castellano, presentamos a continuación un resumen de sus ideas principales²⁶, siguiendo el orden en cien capítulos conforme a la versión original de Migne²⁷:

1. Consta que entre los seres humanos existen sólo dos modos de vivir. Uno ligado a la prudencia, la disciplina y la probidad y otro a la estupidez, la ignorancia y la malicia. Quien se incline al primer modo será bueno, malo quien lo haga al segundo y semi-pérfido quien tienda a ambos a la vez.
2. La vida digna de gloria es con todo la más ventajosa. Ella supone dar la guerra a los placeres y conducirse hacia la seriedad y la constancia, al punto que, acostumbrado a deleitarse con la conciencia de lo justo y con la esperanza, se transforme esto mismo en un placer.
3. Si bien es cierto existen diferencias naturales de carácter entre los hombres, como consta si se observa al etíope, al escita o al galo, la elección del género de vida que cada cual se da para sí es asunto de deliberación y voluntad y no está determinado por la naturaleza.
4. Es preciso que el soberano, ahora que está en la flor de la edad, escoja para sí la mejor vida y se conduzca en ella virtuosamente. Pues es la juventud el momento más apropiado para unirse al bien, adelantándose a las tentaciones de los vicios que no tardan en llegar conforme transcurre la vida.

²⁴ El acróstico se construye así: *Βασιλεύς Μανουήλ πατήρ βασιλεῖ Ἰωάννη υἱὸν, καρπὸν της ἐμῆς ψυχῆς ὀποιασοῦν, τροφῆν τη σὴ ψυχὴ ἀκμαζούση, δίδωμι δηλονότι, ἢ ὁ Θεὸς εἶη κοσμήτωρ.* (El emperador Manuel, padre, al emperador Juan, su hijo. Entrego el fruto de mi alma para alimento de tu alma vigorosa, de la cual sea Dios moderador.)

²⁵ Véase la *Referencia Bibliográfica* presentada al final de este artículo.

²⁶ Agradecemos la entusiasta colaboración para la revisión del texto en su versión original, del historiador y filólogo José Miguel De Toro Vial.

²⁷ Cfr. *PG* 156, 313-384.

Roberto Soto A., Manuel II Paleólogo y la admonición a Juan VIII:...

5. La felicidad verdadera no está asegurada por la posesión de bienes materiales sino por la cercanía con Dios, el único que disfruta de la prosperidad permanentemente. Por ello, el soberano ha de mostrarse digno ante Dios y se aproximará de este modo a la felicidad.

6. Las cosas deben ser hechas siempre de modo oportuno y recto, sobre todo cuando se intenta obtener algo de Dios. Éste atiende las súplicas no por la vehemencia con que le son elevadas sino por la consecuencia de vida que muestra el suplicante en relación con la súplica que levanta.

7. El soberano ha de reconocerse siempre siervo de Dios y de nadie más, puesto que todos los hombres, reyes o esclavos, comparten la misma naturaleza mortal proveniente de la mano de Dios.

8. Si desea el emperador ser amado y temido por sus súbditos no bastará con que aplique las leyes con justicia. Es preciso que el soberano ame y tema a Dios y sea digno ante Él. Si no lo hace, todas sus acciones serán vanas, pues la fidelidad del emperador a Dios produce, además de agradarle, que los súbditos se comporten obedientemente con su gobernante.

9. El emperador debe ser cuidadoso con sus deudas, y devolver siempre prontamente aquello que debe. Así mismo, será generoso con sus súbditos pues a ellos se debe, conforme a la voluntad divina, por su condición de soberano.

10. A quien no quiere amar a Dios, todas las creaturas le serán hostiles. Quien no tema a Dios sentirá temor hasta de las sombras. Quien no conserve las leyes divinas no será por nadie obedecido ni tendrá servidumbre. Porque Dios es poderoso y todo puede alterarlo con un leve soplo. En Dios vivimos, nos movemos y existimos.

11. Consciente de la extrema bondad que brota de su espiritualidad, el soberano debe anteponer la Iglesia a todas las cosas y ver en ella a una madre, una nodriza, una maestra, una guía, una auxiliadora y una impulsora.

12. Rechazar el dogma de la Iglesia es como dar coces contra ella. Propio del soberano es, en cambio, aceptarlo y reconocer en él, frente a las adversidades y tentaciones de la vida, un puerto, una trinchera y un escudo.

13. Es notable, ventajoso y hermoso, además de no hacer nada malo, conducirse por el camino del bien. Porque el bien lleva a la virtud y la virtud transmite un ánimo espléndido.

14. Porque el hombre ha sido creado destinado al bien, es malo no hacer algo bueno cuando se presenta la posibilidad de hacerlo. Y peor aún, es adjudicar a otros la culpa de los males que uno ha perpetrado.

15. Siguiendo los consejos de Isócrates, es preciso que el soberano se muestre con todos en el servicio pero aún más con los mejores, para servirse de ellos y de su bien.

16. Ser amigo del pueblo, grato a los súbditos y magnánimo con todos es condición esperable en el soberano.

17. Es preciso que el emperador rechace a quienes le llevan el mal con mala intención y que comprenda a quienes lo hacen torpemente desde la ignorancia.

18. Observando cuidadosamente como se comportan los hombres con sus familiares, amigos, ciudadanos y extranjeros, se formará una clara imagen de ellos el emperador.

19. No confiar caprichosamente en nadie lleva a la perdición, como poner la confianza en todos constituye acto pernicioso. Será equilibrado el soberano para escoger a sus hombres de confianza, prefiriendo ser más confiado que desconfiado, porque la excesiva confianza conlleva el pecado de simplicidad, mientras que la desconfianza el de la maldad.
20. En esta confianza, la cual tenemos los unos con los otros, estando demostrado que la extrema es censurable, hay que andar por la vía media.
21. No es amigo cierto, y su cercanía deviene perjudicial, quien al soberano se aproxima en busca de su propio beneficio personal. Resulta incluso peor que los enemigos declarados, pues con ellos por conocidos, siempre es posible una reconciliación.
22. Nada hay que adorne y fortalezca más al príncipe que el amor a la verdad.
23. La envidia es una cosa satánica, pues Satanás no ha sido castigado por ninguna otra cosa más que por ésta.
24. Es preciso que el soberano al evitar la envidia se cuide de no pecar de simplicidad, procurando siempre el justo medio.
25. Son males involuntarios los que, desde la ignorancia, se cometen pensando que se hace algo bueno. Perniciosos, en cambio, los que deliberadamente se hacen en pos del mal. De estos últimos, más que de los primeros, alejará su alma el emperador.
26. A ningún hombre le es lícito, por mucho poder que ostente, hacer el mal a los demás.
27. El corazón por sí mismo no produce nada bueno, pero a través del bautismo y de los mandatos divinos se torna hacia el bien.
28. Nadie puede excusarse del mal que hace porque está en los hombres la posibilidad de ser persuadido y porque su ejecución es cosa voluntaria y no externa.
29. Es indigno y penoso para el hombre rechazar su condición privilegiada de hijo de Dios.
30. Porque todas las cosas dependen del principio con que fueron hechas, es preciso cuidar el recto comienzo de todos los actos humanos.
31. Todas las cosas vienen de Dios. Él, piadosamente, elige las cosas mejores para ofrecérselas a los más malos.
32. No hace falta esperar que se presenten las calamidades para que el hombre sea educado, es mejor recibir con anterioridad, sin sufrir mal, la necesaria formación.
33. Conviene que la obra del hombre excelente sea estable y que no muestre continuamente placeres, iras y terrores, así será temido por los enemigos y amado por los súbditos.
34. No es sublime quien se mantiene inmóvil como rodeado por un resplandor frente al mal, sino quien decididamente se lanza sobre él y lo abraza como problema suyo.
- 35.36. Los animales se comportan naturalmente conforme a una razón mas no con razón. El hombre, en cambio, que se diferencia de las bestias por la razón recibida de Dios, debe comportarse de acuerdo con ella.
37. El poder es un fruto del alma que conduce al bien por ello conviene dirigir todas las cosas en ese sentido.

Roberto Soto A., Manuel II Paleólogo y la admonición a Juan VIII:...

38. Es deber perseguir el bien y huir del mal, pero como éste de todos modos se presenta, ha de buscarse consuelo en Cristo.
39. A fin de acercarse al bien es bueno valerse de las sentencias de los antiguos, incluso de los más antiguos, como Pitágoras.
40. En la naturaleza existen ciertos límites dentro de los cuales las cosas son constituidas. Conocerlos, respetarlos y amarlos es imperativo para quien persigue una vida óptima.
41. Es preciso que el soberano examine permanentemente sus actos.
42. Es una vanidad que quien ha sido establecido por la potestad divina sea defendido con hierro. Superfluo es montar guardias y consumirse en cuidados.
43. La sociedad es como un cuerpo en el cual la cabeza debe hacerse cargo del cuidado de los miembros. Todo miembro fuera del cuerpo muere porque todos están supeditados a la rectoría de la cabeza. Ni la cabeza ni los miembros pueden vivir separadamente.
44. Es fácil que quien no evita el mal caiga en los peores vicios, como también, que quien se aproxima al bien consiga en todo lo mejor.
45. Es necesario que el soberano prepare su ánimo para que no desatienda los pensamientos provechosos y para que admita todas las cosas con las cuales se hace el hombre mejor.
46. Es deber del soberano procurar las mejores cosas, porque las que se muestran desde el principio nocivas, aunque blandas, acaban causando daño.
47. Es preciso evadir el vicio porque difícilmente se vuelve de él hacia el bien, lo cual es aún más recomendable para el príncipe pues los ojos de todos están siempre sobre él.
48. Las cosas humanas son libres pero merece reprensión quien abusando de la libertad atente contra ella.
49. Placeres y dolores forman parte de la vida humana y como estos últimos son inevitables, debe cultivarse la alegría para sobrellevarlos de mejor modo.
50. Es preciso que sean conocidos todos los fines que existen, pero especialmente, aquel perfectísimo hacia el que todas las cosas se dirigen.
51. El príncipe es con todo muy superior al resto de los hombres, pero debe predicar con el ejemplo.
52. Es buena la corrección que se apoya en el ejemplo de grandes hombres, como Gregorio o San pablo.
53. Si la potestad está provista de sabiduría la corona de los príncipes es insigne, pero si no, es ocasión de daño.
54. Aunque domesticar los deseos suele excitar dolores en el hombre, hay que hacerlo de todas maneras.
55. Conforme enseñaba un poeta, no existe sitio donde encontrar una vida carente de dolor. Por ello es de vital importancia la experiencia como maestra.
56. Una de las cosas más preciadas es la paz, no solamente la de los singulares sino también la pública, aquella de los príncipes para con el príncipe. Porque la paz pública subsidia la paz familiar. De modo que es esperable que el soberano no haga la

guerra contra los hermanos cristianos ni a las naciones bárbaras, mas contra quienes infieren injurias debe mostrarse como todo un hombre.

57. Es tonto el que cree ser distinto a los demás hombres apoyado en las diferencias idiomáticas o religiosas, pues todos provenimos del mismo progenitor. Todos los hombres comparten la misma naturaleza.

58. En términos navales, una gran cosa es la serenidad del mar y guiar correctamente la nave. Pero si se levanta viento y las olas se hacen más firmes, no se alaba la temeridad, sino que se vigila y se anhela un puerto. Entonces, cuando los asuntos del soberano lleven un curso próspero, su preocupación serán las cosas de la guerra y tener preparados a los súbditos. Es siempre difícil llevar la prosperidad convenientemente para aquellos que no saben comportarse con moderación.

59. Sin dejarse llevar por la prosperidad, sucumbir ante la calamidad ni ablandarse por la pereza, el emperador procurará mantener siempre la tranquilidad de su ánimo.

60. Es preciso que el soberano, además de no difamar jamás a nadie, se ocupe de persuadir a quienes lo hacen, a fin de que modifiquen su conducta.

61. Mostrará grandeza el príncipe cuando, al regalar a los hombres, ofrezca dones útiles. Ofrecer un perro al marino o un remo al cazador es siempre cosa ingrata.

62. Examinando detenidamente las cosas es posible advertir la fugacidad que le es propia al tiempo. En efecto, el tiempo fluye y cuando parece asirse se diluye. Así es la naturaleza, las cosas de esta vida son sombra, sueño, humo, impostura.

63. Puesto que las cosas de esta vida, imposibilitadas de perpetuidad, son llevadas por un curso parejo, es preciso aspirar a la verdadera e inmutable vida celestial.

64. Las riquezas, la gloria y el poder perdidos siempre pueden ser recuperados, el tiempo en cambio, no.

65. Es necesario aprovechar el tiempo en cosas útiles, como el descanso y la alimentación, y en cosas superiores, como la administración de los asuntos públicos.

66. Quien preside a las naciones con imperio no debe perseguir el beneficio personal.

67. Las riquezas son agradables, pero no porque se admire el oro, sino porque con ellas se puede hacer bien a uno mismo y a los demás.

68. Aún cuando todos los hombres procedemos del mismo Adán y es una misma nuestra naturaleza, cada cual se conduce libremente por el arbitrio de su voluntad. Quien usa la razón apartándose de lo mundano, tiende más a la patria celestial y tolera con mayor entereza las tristezas propias de este mundo.

69. Siguiendo el ejemplo de Job, es preciso dar gracias a Dios tanto por las cosas prósperas como por las calamidades, aceptándolas como venidas de la providencia.

70. Tendrá el emperador por hombre bueno y digno de emulo no a quien posea riqueza, sino al que es generoso con ella; no a quien posee mucho poder, sino al que lo usa bien; no al que tiene muchos siervos, sino que posee un espíritu servil. Así se hará semejante a Dios.

71. No admirará el soberano al hombre malo aunque supere en riquezas, poder y gloria a Alejandro, Ciro, los Césares o cualquier ilustrísimo. El malvado no es feliz, ni príncipe, ni rey, ni verdaderamente hombre.

Roberto Soto A., Manuel II Paleólogo y la admonición a Juan VIII:...

72. Es común que quien reside entre cosas buenas adquiera para sí bienes, como lo es la adquisición de malas costumbres, cuando se vive rodeado de lo malo.

73. Además de las antiguas cuatro virtudes principales es necesario que el soberano añada dos más: la moderación y la caridad.

74. Muchos hombres por negligencia más que por ignorancia, considerando algo malo por bueno, se han hecho daño a sí mismos. Se requiere de una gran vigilancia y sobriedad para estar libre de esta impostura.

75. Así como el pan es alimento del cuerpo, la buena doctrina lo es del alma.

76. Buscando el mejor trato posible con los hombres buenos y con los malos, el emperador velará constantemente por la presencia del bien.

77. Alejará el soberano su espíritu tanto de la arrogancia como del disimulo. Buscando el equilibrio, conseguirá la gloria a través de sus hechos y no de sus palabras.

78. Es muy difícil para los mortales juzgar acerca de las cosas. Es común que aquellas que son muy anheladas, cuando al fin se consiguen, gusten a poco. Preciso es refrenar la ambición humana.

79. La distracción suele traer mucho daño al alma, por ello no debe desatenderse su cuidado.

80. Después de las labores propias de su condición, bastarán al príncipe para su descanso los libros y la vida del campo, que utilizará no como fin, sino como medio para tener buena salud.

81. Tendrá cuidado el gobernante de impedir que vengan a él los hipócritas. Así mismo se abstendrá de juramentos, depositando en su palabra empeñada toda señal de compromiso y confianza.

82. Vienen bien al príncipe fuerte la gravedad y la magnificencia, cuando aparecen mezcladas con la suavidad y la beneficencia.

83. Evitando el extremo de seguir a todos los hombres como de no hacerlo con nadie, el soberano, buscando el justo medio, no tendrá por modelo a los malvados pero sí a los virtuosos.

84. Lo que pueda ser llevado a cabo con estudio, prudencia y siguiendo las seis virtudes últimas, será siempre hecho bueno y no traerá jamás perjuicio.

85. La principal diferencia existente entre el tirano y el rey radica en la sujeción y respeto de éste a las leyes.

86. Es preciso que no flaquee el emperador si siguiendo estos consejos, no alcanza la meta. Porque quienes están encaminados hacia el bien aunque no lo alcancen pueden siempre enmendar, presa del vicio son en cambio, los que se precian de bondad cuando no la poseen.

87. Considerando que la victoria viene siempre de no temer, será valiente el soberano para presentarse en el campo de batalla, pues comúnmente quien huye de la muerte acaba siendo apresado por ella, mientras que quien valerosamente combate, suele conservar la vida y abrazar el triunfo.

88. No debe nunca sucumbir el emperador ante la fuerza de sus adversarios, ni ser superado, en el certamen del amor, por aquellos que le aman. Así mismo, tendrá a bien su ilustre pasado, imitando sólo a sus preclaros ancestros.

89. Es deber del soberano poner mucha atención a los asuntos castrenses, para enfrentar no sólo lo que es fuerte realmente, sino también lo que parece serlo, puesto que puede igualmente perjudicar.

90. No sólo evitar a los insidiosos es esperable en el príncipe, sino sobre todo su propia huída de la insidia. Mayor es el daño cuando el insidioso es, a la vez, quien detenta el poder.

91. Es preciso que el soberano conjugue armónicamente el olvido y el recuerdo. Olvidar lo pernicioso que ha quedado atrás y recordar en cambio del pasado lo provechoso, es beneficioso, en efecto, para los fines del emperador.

92. Es en verdad adorno regio la discreción, siempre más conveniente a los jóvenes que a los viejos. Escuchará más atenta y discretamente el emperador a los hombres experimentados que a los jóvenes lisonjeros.

93. Lo más hermoso sobre todas las demás cosas es conocer en todas ellas lo que sobresale y tener la facultad de hablar muy claramente, poder con esta facultad persuadir a muchos y colocar sabiamente el amor de las cosas bellas en los ánimos. Es feo que una fechoría se haga de cualquier manera; más feo, admitir el delito conscientemente; y peor aún enseñar a los demás lo justo y lo recto, cuando quien enseña se comporta contrariamente, lo cual, no admite ninguna excusa.

94. El ingenuo es ensalzado por la doctrina moderada. Un ánimo puro por ella se hace más puro; saca la suciedad fácilmente. Una mano lava la otra, siendo necesario agua, toalla y jabón; y las manos vuelven limpia la cara, la cabeza y todo el cuerpo. El agua, la toalla y el jabón, son el ingenio, la doctrina, el estudio y la asiduidad.

95. Es conveniente que haga el emperador conjeturas del futuro a partir del examen del presente y el pasado.

96. Es estúpido quien conociendo las cosas buenas no actúa acorde con ellas. Pues en efecto, es suficientemente absurdo conocer rectamente las cosas y no aprovechar ese conocimiento, actuando de mala manera. La actitud contraria es propia, en cambio, del hombre bueno y prudente.

97. Ya anunció el Salvador que quien conoce perfectamente lo que es bueno y sin embargo no actúa rectamente, por el mismo conocimiento recibirá daño. La falta de práctica es algo malo; el conocimiento, en cambio, cuando nos amenaza un peligro mayor proveniente de ella, formidable.

98. Si desea el emperador vida y gloria verdaderas hará que su vida responda a la edad que Dios le ha concedido. Nada hay más horrible que comportarse sin concordancia con la edad que se tiene, como el viejo que persigue comportamientos infantiles.

99. Los hombres estamos constituidos de polvo y espíritu. Es cosa digna de reproche no tener en gran honor al alma inmortal, divinamente inspirada, y equipararla a la carne mortal, formada por Dios a partir del polvo. Es cosa repugnante cuidar muy bien la carne y dejar que el espíritu se debilite.

Roberto Soto A., Manuel II Paleólogo y la admonición a Juan VIII:...

100. Para alcanzar la corona tanto en esta vida como en la otra, bastará la fuerza de poquísimas palabras. *Apártate del mal*, dice el divino David, y *haz el bien*. David supo mantener contento al artífice de las cosas, abandonando todo vicio y haciendo obras buenas, para las que hemos sido creados. Es deber del soberano practicar ambas cosas para que no le suceda lo del fariseo, que cultivaba la virtud en sus costumbres, pero no era modesto.

IV

Al igual que en los discursos admonitorios bizantinos compuestos con anterioridad, también los *Υποθήκαι βασιλικής αγωγής*, cronológicamente el último de los “Espejos de Príncipe” en la historia del Imperio, dan testimonio de la sobre vivencia del pensamiento del antiguo Isócrates – y con él de la tradición clásica griega que siempre constituyó un pilar fundamental de la cultura de Bizancio -, quien en esta ocasión, cosa sabidamente extraña en la filología bizantina²⁸, es citado explícitamente en una oportunidad: “Advierte Isócrates en una sentencia suya –dice Manuel-, que te muestres agradable con todos en el servicio pero más aún con los mejores, para servirse de ellos”.²⁹ Por otra parte, en relación con los “Espejos de Príncipe” del periodo Protobizantino y Bizantino Medio, observamos en la admonición del Paleólogo, en concordancia con las otras composiciones del género, un consistente reforzamiento de los elementos teológicos y eclesiásticos que los caracterizaron y que marcan precisamente la gran diferencia de la cultura griega de la época clásica con la propiamente bizantina.

A pesar de que el discurso que estudiamos se rija formalmente por la retórica y el ideario político del antiguo Isócrates y a pesar, al mismo tiempo, de que lo haga con la tradición de los “Espejos de Príncipe” que atraviesa la larga historia bizantina, como que es posible hallar en el texto de Manuel reminiscencias de los correspondientes discursos de Sinesio de Cirene, Agapito Diácono, Basilio I, Cecaumeno, Teofilacto de Ocrida, Nicéforo Blemida y Tomás Mágistro, la obra de Manuel es también un fehaciente testimonio histórico de la vocación de trascendencia que animó siempre a Bizancio. Aún en medio de las peores vicisitudes políticas, Manuel II Paleólogo exhibe una honda y audaz convicción en el futuro de un Imperio que guarda en las cimientos propias de su fundación, una promesa de eternidad sustentada en el Dios Eterno. Por ello es que, a pesar de su política de alianzas con los pueblos circunstantes y de la cierta subordinación que esto supuso al Imperio, las

²⁸ El otro caso entre los “Espejos de Príncipe” en que encontramos una referencia explícita a Isócrates es el del discurso pseudobasileo *Πρός Λέοντα Κεφάλαια Παραινετικά*. Al final de éste, aconseja el emperador a su hijo: “Lee sin cesar las sentencias de los antiguos sabios para perfeccionar tus costumbres. En efecto, en ellas encontrarás muchos preceptos utilísimos, especialmente en las obras de Salomón y de Isócrates.” B.I., *Cap.*, 66

²⁹ MAN. II PAL., *Praec.*, 15

esperanzas de Manuel II de recuperar el poder imperial de antaño y la independencia de Bizancio respecto de los demás reinos del momento, tanto occidentales como orientales, son manifiestas en el discurso ‘Υποθήκαι βασιλικής ’αγωγής, en el cual, aconsejando a su hijo llevar una vida correcta y piadosa, le hace hincapié en el hecho de que el emperador bizantino no puede reconocer a otro señor más que a Dios, único ante quien debe considerarse siervo. Si bien el discurso no manifiesta de modo explícito la convicción del soberano de que el Imperio no llegará a su fin a pesar de la peligrosa amenaza turca, tal convicción resulta evidente por la sola omisión del asunto. Así, cuando se propone al emperador una admonición para su hijo lo hace, apoyado formalmente en la tradición de los “Espejos”, con el fin de fomentar su buen cometido, con el propósito de promover un gobierno y un futuro cuya continuidad no queda puesta en duda. Bien pudo el soberano, dadas las circunstancias del momento, hacer frente con sus consejos al problema de la expansión otomana si hubiese temido por la continuidad de Bizancio. No obstante, la omisión de la temática y la preocupación por el consejo para el buen gobierno, a pesar de las malas condiciones políticas con que Manuel entregaba a su hijo el Imperio, y de las cuales estaba ciertamente muy conciente, testimonian a nuestro juicio, no sólo que la conquista de Bizancio por los turcos no era una posibilidad considerable, sino además y sobre todo, la confianza en que el destino de Bizancio seguiría su curso como lo había hecho hasta entonces por generaciones, apoyado en la fuerza histórica de una no breve tradición, y más aún, en la Gracia divina. Ya en uno de los capítulos preliminares es advertido Juan VIII sobre estos asuntos: “Gran cantidad de bienes de origen divino, a semejanza de las lluvias, tendrás; si entiendes que conseguiste el reino de parte de Dios y sabes que eres siervo de Él, y que a Él sirves, más agradable será para ti que lo que mandes a otros. Y ciertamente sólo está entre una y otra servidumbre, cuanto la sangre de Dios dista de la riqueza. Antes bien en el fondo, fuera de la dignidad real, para ti es lo mismo en cuanto al honor tanto el esclavo obtenido por dinero, como el consiervo y el hermano, en razón de la naturaleza común, proveniente de la tierra; y en lo que sea tocante al primer padre de todos, que fue formado por la mano de Dios, igualmente con la condición de uno y el mismo bautismo, y de la muerte de todos por causa de Dios. Ciertamente en ningún caso por la desigualdad de dignidad, se debe alzar el lodo sobre el lodo, y algún don de Dios sobre el don del mismo [Dios], que es concedido a todos por su justicia”³⁰.

³⁰ MAN. II PAL., *Praec.*, 7.

V

Referencias Bibliográficas

Algunos estudios que pueden iluminar la comprensión del discurso y su autor, y cuya consulta ha sido determinante para la redacción de este trabajo, son los siguientes:

- ANDREEVA, M., (1934). “Zur Reise Manuel II. Palailogos nach Westeuropa”, *Bizantinische Zeitschrift*, 34, 351-352
- BARKER, J.W., OAKS, D., (1962). “On the chronology of the activities of Manuel II Paleologus in the Peloponnesus in 1415”, *Bizantinische Zeitschrift*, 55, 39-55
- BERGER DE XIVREY, M., (1861). *Mémoire sur la vie et les ouvrages de l'Empereur Manuel Paléologue*. París.
- BUCHWALD, W., HOHLWEG, A., PRINZ, O., (1993). *Tusculum-Λεχικόν, Ελλήνων και Λατίνων συγγραφέων της Αρχαιότητας και του Μεσαίωνα*. Atenas, 324-326.
- HUNGER, H., (1991). *Βυζαντινή Λογοτεχνία, η λόγια κοσμική γραμματεία των βυζαντινών*, I. Atenas,
- KRUMBACHER, K., (1990). *Ιστορία της Βυζαντινής Λογοτεχνίας*, II. Atenas.
- LOENERTZ, R.J., (1957). “Notes sur le règne de Manuel II à Thessalonique 1381/82-1387”, *Bizantinische Zeitschrift*, 50, 390-396.
- SCHREINER, P., (1970). “Chronologische Untersuchungen zur Familie Kaiser Manuels II”, *Bizantinische Zeitschrift*, 63, 285-299
- SCHREINER, P., (1967) “Hochzeit und Krönung Kaiser Manuels II im Jahre 1392”, *Bizantinische Zeitschrift*, 60, 70-85
- TRAPP, E., (1966). “Manuel II Palaiologos, Dialogue mit einem Perser”, *Wiener byzantinische Studien*, 2
- VASILIEV, A., (1912). “The journey of the Byzantine Emperor Manuel II Pelaeologus in Western Europe” (en ruso), *Boletín del Ministerio de Instrucción Pública, N.S., XXXIX*
- ΚΑΛΤΣΟΓΙΑΝΝΗ, Ε., ΚΟΤΖΑΜΠΑΚΗ, Σ., ΠΑΡΑΣΚΕΥΟΠΟΥΛΟΥ, Η., (2002). *Η Θεσσαλονίκη στη Βυζαντινή Λογοτεχνία, Ρητορικά και αγιολογικά κείμενα*. Salónica,
- ΤΩΜΑΔΑΚΗΣ, Ν., (1961). *Συλλάβος Βυζαντινών μελέτων και κείμενων*. Atenas.